

Libros y Revistas

CRITICA Y GLOSA

«GREGORIO MARAÑÓN CUENTA SU VIDA»

Por MARINO GÓMEZ SANTOS

Aguilar. Madrid. 90 páginas.

CON el desarrollo de la interviú, la técnica de la biografía ha recibido un cuantioso refuerzo: sobre todo en nuestro país, donde los hombres famosos no suelen escribir sus "Memorias", ni publicar su "Diario", si es que lo llevan, y, en cualquier caso, quedarían fuera multitud de recuerdos y de referencias, que sólo cabe conocer si alguien acierta con sus preguntas a que el interesado hable de su vida.

Existe, sin duda, un arte de preguntar, y otro, quizá, de responder: ambos, nada fáciles. El arte de preguntar, por caer en el área del periodismo, ha ido creando su técnica. Pero en este caso concreto de las conversaciones con Marañón, Marino Gómez Santos no ha tenido necesidad de poner en juego los resortes de su habilidad y, menos aún, los de su malicia, que es también un recurso técnico de toda entrevista, ya que Marañón no fue hombre de difícil acceso en absoluto, sino, por el contrario, sincero y expansivo: muy humano, humanísimo; inteligencia elevada en grado extraordinario, corazón abierto de par en par, mano tendida... Y de vida tan clara que su biógrafo del porvenir no necesitará de arduas investigaciones. Le bastará, de seguro, con buscar o comprobar algunas fechas para poner en línea cuanto le sugieran los hechos que integran la vida ejemplar del gran español. Nadie más lejos que él de contrahacerse una vida, un carácter, una figura, como era costumbre general de los escritores, tal vez desde los tiempos del romanticismo. Pero Marañón no sólo hacía literatura —mundo propenso a la "pose" entonces de moda—, sino también historia y biología, y canonizaba la verdad como exigencia moral; la verdad irreductible de sí mismo, en primer término.

Con todo, Marino Gómez Santos ha sabido preguntar, tocando los puntos más propicios a los recuerdos, confesiones, juicios de Marañón sobre los múltiples temas que afectaban a su universal curiosidad, que fue, desde luego, uno de los más fecundos númenes que inspiraron su obra e informaron su vida. Son muchas las páginas de Marañón en que, sin propósito explícito, se retrata o refiere lances que directamente le tocaron, y si hablaba de él, llegado el momento, no era por narcisismo, en ninguna de sus equivalencias, sino porque se entregaba a los demás con todo su corazón, y hablando de muchas cosas ajenas tenía que referirse a sí propio. Marañón hablaba, pues, con la espontaneidad y la fluidez del que no tenía nada que ocultar o fingir. Pero no por eso deja de tener mérito la tarea

de Marino Gómez Santos, muy certero en la formulación del cuestionario o serie de reactivos a que Marañón gustó de someterse.

Marañón experimentaba la voluptuosidad del recuerdo personal, y así son sobremedera atractivas las páginas de sus obras, aquí o allá, en que evoca personalidades que conoció y trató; viajes que llevó a cabo; con singular fruición, los efectuados a través de España; o las diversas experiencias, con variedad de irradiaciones, que enriquecieron su espíritu. Marañón hubiese permanecido, de seguro, hablando con Marino Gómez Santos



Don Mariano Gómez-Santos. (Foto Torre-mocha.)

horas y horas, de no estar aquél, como buen periodista, en posesión de la medida del tiempo, indeclinable requisito profesional. Y he aquí la razón de otro acierto del entrevistador. No basta con saber preguntar, repetimos; es preciso, además, saber elegir las preguntas. Por otra parte, Marañón, por generoso que fuese y cercado como estaba de quishaceros premiantes, no podía abandonarse, indefinidamente, a la serie de entrevistas que Marino Gómez Santos supo conducir, aprovechando cada visita como el pintor la jornada de su modelo. Y no olvidemos eso que, en los escenarios y estudios cinematográficos, se llama "ambientación". Vemos a Marañón, muy bien ambientado, en su cigarral de Toledo. "Por esta casa ha pasado toda la vida española—dice Marañón—. Han venido también muchos extranjeros, casi todos los que han visitado a España en los últimos treinta años..." Y también: "se estrenó en el patio de este cigarral una obra de Tirso de Molina: "Cómo han de ser los amigos"; y aquí leyó García Lorca "Bodas de sangre..." El entrevistador escribe más allá: "Salimos hacia la mesa del reloj de sol; una mesa de piedra, enorme, que perteneció al palacio de don Alvaro de Luna, y que le regaló a don Gregorio el conde de Romanones..." Todo trasciende a Historia de España, antigua y contemporá-

nea; más aún, a españolismo acendrado, a sentimiento profundo de la tierra, al fluido magnético de los gustos populares, de las cosas auténticas, que no son simple folklore; como el yantar: "Vino de Yepes, chorizo de Pamplona, escabeche, lomo, queso manchego, jamón de Jabugo, almendras y cuantas cosas recomienda el doctor Marañón como saludables." Admirable medicina, natural y humana, que no prescindía de la intuición y experiencia tradicionales, fue aquella de Marañón, superada, claro es, por la más rigurosa técnica científica y moderna. El médico de sumo saber lírico, formado bajo exigente disciplina, se asistía de su experiencia de viajero por los caminos de España. No renunciaba a la enseñanza de cuanto veía u oía, empezando por el mismo enfermo, por el hecho de serlo, su amigo y, en cierta manera, adocinador también. Marañón habla a Gómez Santos de sus maestros en la Facultad de San Carlos; de Cajal, por supuesto. De don Alejandro San Martín también. "Entre las muchas cosas interesantes que nos enseñó una de ellas es que los curanderos son respetables siempre que curen a sus enfermos, y es cierto que a veces los curan." Hay algo más que humorismo en esas palabras de Marañón, que recoge Gómez Santos en esta primera visita a melancólica luz. Y algo preocupa a Marañón mientras conversa—sobre "el Greco", tema predilecto, por último—con la animación de siempre. "Hasta que volviera a verle—escribe Gómez Santos—ocurrieron cosas trascendentales en la vida del doctor." Se refiere a la dolencia que hubo de asaltarle en unos de esos primeros envites con que la muerte suele realizar sus ensayos.

Gregorio Marañón se restablece y Gómez Santos reanuda sus entrevistas. Es entonces cuando Marañón toma el hilo cronológico de su vida, y evoca los años de su niñez en hogar modelo; años de estudiante, de los primeros amigos, de la primera salida al extranjero, para ampliar su saber de médico flamante, en Alemania; de sus servicios en el Hospital General; de su primer cliente importante: la Infanta Eulalia: "Se quedó asombrada de mi poca edad." Años del primer y definitivo amor: matrimonio con Lolita Moya, mujer extraordinaria, hija de don Miguel, el director de "El Liberal", nunca ingeniero de Minas, como afirma Gómez Santos, quizá por errata de imprenta. Pero alguna otra ligereza hemos captado: llamar "don Francisco" a don Manuel Bartolomé Josío; deslices que nada esencial alteran, fáciles de subsanar.

Mucha vida española se refleja en estas conversaciones. Cualquiera de los hechos vividos por Marañón o de los juicios emitidos por él son de interés general. Por ejemplo, su crítica del aventuradísimo sistema selectivo de las oposiciones; su viaje a las Hurdes; su amistad con el malogrado Julio Antonio; su intimidad con Galdós, Pérez de Ayala, Belmonte o Zuloaga, en un cruce de amistades y coincidencia de afectos que tan rico contenido humano dieron a la personalidad de Marañón... Por último—penúltimo, mejor dicho—, los años de París, que le permiten ser testigo de la ocupación alemana. Regreso a España, ilusionado siempre con la Patria que tanto amó.

Encabeza el libro que hemos glosado el prólogo de Gregorio Marañón Moya a la primera edición francesa de "Liberalismo y comunismo": prólogo de gran fineza y comunicativa emoción. Nadie piense en recusar el elogio a Marañón por lo que formule su hijo. Los méritos del padre hablan por sí mismos. Todos seríamos recusable por haber recibido de Marañón trato paternal, de hermano mayor o de fraternal amigo.

M. FERNANDEZ ALMAGRO
De la Real Academia Española